

## Ámsterdam, ciudad de las hadas

Pepa J. Calero

Fui a Ámsterdam con la idea de ver la casa de Ana Frank. Su diario fue una de las lecturas que más me conmovió en mi adolescencia.

Amanezco en la ciudad de las flores, los canales, las hadas, donde lo prohibido forma parte del paisaje. Se respira aromas a tulipanes por todos lados, es su emblema. El mercado de las flores es uno de esos rincones donde el aire se colorea en mil tonalidades como si fuera un arco iris pegado a la tierra. Una señora bajita pasa junto a mí con un carrito de la compra colmado de rosas rojas.

Llama la atención este pequeño paraíso lleno de curiosos museos que no veré: El Kattenkabinet, un museo para gatos; el Pianola Museum, repleto de pianolas del siglo XX; el Tassenmuseum Hendrikje, donde se encuentra la mayor colección de bolsos del mundo occidental; Hash Marihuana y Hemp Museo, El Tattoo Museum, dedicado a los tatuajes, y hasta un museo funeral holandés.

Me encuentro en la plaza Dam, lugar en torno al cual se creó esta ciudad, es la más importante, la más concurrida. Hace frío. Marca el punto donde se encontraba la primera presa del río Ámstel en el siglo XIII.

Desde aquí, parto con grupo turístico. Luce el sol. A mi lado, una señora con el pelo zanahoria pregunta por *Westerturm*, la iglesia del oeste donde Rembrandt está enterrado. En el siglo XVII era la iglesia protestante más grande del mundo. El guía, un joven barbudo y grueso, pide paciencia, bromeando nos pide que identifiquemos a qué huelen estas calles. Y es que hay muchas curiosidades de las que hablar en el barrio de los escaparates, el Red Light District.

Al llegar a la plaza de la *Westerturm*, una estatua de Ana, parece un hada, mira a las gentes junto a su casa museo y una larga fila de visitantes.



*“Ni papá ni mamá ni Margot han podido habituarse aún al carillón del Westerturm, que suena cada cuarto de hora. A mí me pareció maravilloso, desde el primer momento, sobre todo de noche, cuando un sonido familiar da aliento”, Diario de Ana Frank.*

Muy cerca de la bulliciosa plaza Spui, se encuentra el *Begijnho*, construido en el siglo XIV. Un pequeño lugar con sus casitas y su jardín idílico, bucólico donde vivían las “beguinas”, una hermandad laica, católica de mujeres. Hadas de carne y hueso encargadas de ayudar a los enfermos.

Estoy en el Waag, una monumental edificación del siglo XV emplazado en la histórica plaza de Nieuwmarkt. Aquí pintó Rembrandt su famosa obra “Lección de anatomía del Dr. Tulp”. Y es que esta encantadora ciudad ha sido paseada por grandes hombres; Descartes, Spinoza, Rembrandt y Van Gogh, entre otros.

Por la tarde esperé la puesta de sol en la Openbare Bibliotheek, al este de la estación central, la biblioteca pública más grande de Europa. En el séptimo piso, junto al restaurante, hay una hermosa terraza para contemplar una panorámica de Ámsterdam. Desde allí el cielo se confunde con la tierra que bañan los numerosos canales. Una delicia de paisaje donde pude escribir y sentir la risa de los niños que, asomados a las vistas, veían volar algunos de sus globos.

Desde el tranvía la luna se recorta entre las nubes. Regreso al hotel pensando en sus calles, sus parques, sus puentes y sobre todo en las hileras de casas que ribetean, como un animado encaje, los canales. Es una ciudad por debajo del nivel del mar, en el que las casitas desiguales se comban, se tuerceny se estrechan como figuras del Greco. De apenas cuatro plantas, parecen viviendas de cuentos, con sus fachadas coloridas, pintorescas, sus escudos, sus hastiales triangulares, acampanados, escalonados y sus gabletes reflejados en el agua.

Al día siguiente, amaneció cubierto. Llego hasta la casa de Ana. Enormes colas de turistas dan la vuelta a la manzana. Impresionante. Una pareja de ingleses, que parecen venir de otro siglo; él con bombín y traje de chaqueta, ella con un sombrero azulón, preguntan por el barrio de Jordaan. Cambio de rumbo y voy tras ellos.

El Jordaan es el barrio de las postales, un lugar bohemio de calles estrechas, patios pequeñitos y jardines. Un grupo de tres músicos cantan “Lucy in the sky with diamonds”, en la cajita donde recogen las monedas están dibujados los Beatles. En uno de los puentes, junto a una bicicleta blanca, una chica japonesa con una larga coleta negra abraza a un joven rubio con el pelo rizado que parece un querubín. No dejan de hacerse *selfies*; besándose, cogidos de la mano, sonriendo, levantado los brazos. Debe de ser fácil enamorarse aquí, en este lugar de ensueño.

Es tarde, el tiempo apremia. Dejo el paraíso de las bicicletas, de las viviendas flotantes, de las flores por doquier, de oscuros cafés ganadores de la Cannabis cup, de sus canales de fantasía, de las hadas.

No vi la casa, la buhardilla donde Ana escribía. Me quede embobada del encanto de la Venecia del Norte, de las casitas estrechas, las flores, los canales y esas hadas invisibles que parecen recorrer las calles. A cambio, vi bullir la vida entre las aguas y las gentes de esta tierna ciudad llamada Ámsterdam. Siempre podré regresar.

*“Clive tomó el tren hasta la estación central, y de allí fue a pie hasta el hotel dando un paseo a la tenue luz gris de la tarde. Mientras cruzaba el puente volvió a pensar en lo tranquila y civilizada que era la ciudad de Amsterdam. Dio un amplio rodeo en dirección oeste para pasar por la Brouwersgracht. Llevaba una maleta muy ligera. Resultaba tan reconfortante aquella masa de agua en medio de la calle...Era un lugar tan tolerante, tan libre de prejuicios, tan adulto: los antiguos y bellos almacenes de ladrillo y madera tallada convertidos en apartamentos de exquisito gusto, los modestos puentes de Van Gogh, el discreto mobiliario urbano, los sencillos e inteligentes holandeses en bicicleta, con sus sensatos niños a la espalda”.*

*Ámsterdam, Ian McEwan.*

## Un templo vegetal

Erena B. Burattini

Unos días antes de regresar de Chile fuimos un grupo, una vez más, a la costa de la sureña ciudad de Valdivia. Estando allí alguien insistió en que fuésemos a conocer el bosque El Olivillo dentro del Parque de Punta Curiñanco, un área protegida de 80 hectáreas. Lo más extraordinario de este parque, nos repitieron, era el bosque de olivillos, y este fue nuestro objetivo principal.

Nos internamos en el parque con cierta prisa subiendo por un sendero estrecho de tierra aplanada cubierta en parte por hojas secas, camino idóneo para hacer la caminata descalzos. Nos habían dicho que así podríamos absorber mejor la energía que desprende la tierra en medio de ese Parque. Avanzamos más bien en silencio observando la vegetación a nuestro alrededor. El aroma a tierra húmeda y a musgo que se escapaba del sotobosque,

más una mezcla de fragancias vegetales nos envolvió como un manto protector.

Después de media hora de ascenso sin vislumbrar todavía el tan mentado bosque de olivillos nos dimos cuenta de que si no regresábamos pronto nos encontraríamos con la salida cerrada. Íbamos más que justos de



tiempo por no haber contado con esta visita improvisada.

Aceleramos más el paso preguntándonos si no nos habríamos pasado de largo puesto que ninguno del grupo conocía ese tipo de árbol y no teníamos ni idea del aspecto de lo que buscábamos. El tiempo nos agobiaba, y fue la curiosidad la que nos empujó a continuar hasta que de pronto el que iba de avanzada nos anunció eufórico que habíamos llegado a nuestra meta.

Era imposible no reconocer ese bosque de solo olivillos que de golpe rompió la espesura de la selva valdiviana donde crecen de preferencia arrayanes, olivillos sueltos, ulmos, canelos, lingues, notros, melis. La visión de esos árboles que se estiraban hacia el cielo formando en lo alto una cúpula verde cortaba el aliento más que la caminata cuesta arriba. Recordé el dicho que dice que el bosque no deja ver los árboles. En este caso era tal la magnificencia de estos ejemplares que no dejaban ver su propio bosque. Cada uno era un bosque en sí mismo.

Nos quedamos sobrecogidos, y creo que a todos nos entró una cierta congoja por saber que no podíamos permanecer allí mucho tiempo: faltaba poco para el cierre del recinto. Este bosque centenario, igual que los templos religiosos, invitaba a meditar, a encontrarse con uno mismo.

Poco después, como si cometiésemos un sacrilegio, nos vimos obligados a desandar el camino, sabiendo que regresaríamos en cuanto nos fuese posible.

No fue una sorpresa encontrarnos con la salida ya cerrada, pero para nuestro alivio descubrimos al guarda forestal sentado bajo una parra junto a la puerta. Luego de disculparnos por el retraso, y sin más preámbulo lo sometimos a una avalancha de preguntas. Nos faltaba información de lo que habíamos visto. Así nos enteramos que los olivillos tenían nada menos que entre 400 y 700 años, que era un bosque mágico con poder de sanación, que iba gente allí repetidas veces y se abrazaban a un árbol para mejorarse de alguna enfermedad. El guarda forestal

afirmó que había sido testigo de casos llamativos que prefería no contarnos para no pasar por charlatán. También nos contó que los mapuches (indígenas locales) celebraban allí cada dos meses un rito para agradecerle a la pacha mama la energía sagrada de esa tierra que había dado forma a ese colosal bosque de olivillos que para ellos es un templo.

Nos enteramos asimismo que estas tierras habían sido compradas hacía menos de dos décadas a los huiliches (rama sureña de los mapuches) por la Fundación CODEF, una ONG privada sin ayuda gubernamental, con el ánimo de preservar la biodiversidad de esa selva templada húmeda, incluido ese bosque relictos\* de olivillos, con algunas especies arbóreas únicas en el mundo. Esa variedad, según dicen, se debe a que durante las glaciaciones los bosques se refugiaron en esta cordillera costera.

Es admirable la preocupación de algunas ONG privadas por salvaguardar áreas de interés medioambiental. Otro ejemplo en Chile es el del millonario americano Douglas Tomkins que se afincó en

la Patagonia donde creó su primer gran proyecto, entre otros, el Parque Pumalín, reserva natural de bosque templado húmedo de 300.000 hectáreas.

De estas iniciativas privadas poco se habla, no son noticia. Al parecer lo frívolo, lo morbosos, lo delictivo despierta mucho más interés.

\* Las especies relictas son las que se encuentran en un estado de retrogresión. Puede ser como consecuencia de cambios climáticos o de la aparición de nuevas especies depredadoras o competitivas que producen cambios en el medio físico local: falta de seguridad, enfermedades, depredación, cambios de temperatura, cambios en la humedad del suelo, distinta luminosidad, etc.